
UNIDAD DINÁSTICA, DIVERSIDAD DE CUESTIONES

Wim Blockmans

EN 1525, EL EMPERADOR CARLOS V tenía 71 títulos oficiales: 27 reinos (20 de ellos sólo en España), 13 ducados, 22 condados y nueve señoríos. Después se añadirían algunos más en los Países Bajos. Como él mismo decía, eran más coronas de las que su pobre cabeza podía soportar. Algunos de esos títulos no tenían más que una importancia simbólica, como los de duque de Atenas y rey de Jerusalén, que se remontaban a la época de las Cruzadas. Seguía siendo titular del ducado de Borgoña, aunque ésta estaba desde 1477 bajo el control de Francia. En los acuerdos de 1521 y 1522 había transferido a su hermano Fernando todos los territorios hereditarios de Austria. No obstante, los títulos relativos aparecían al principio de sus ordenanzas¹. Esa abundancia de títulos reflejaba sobre todo la diversidad de fundamentos jurídicos que subyacían al ejercicio del poder, diversidad que se había creado a lo largo de siglos de sucesiones hereditarias, uniones y divisiones.

Algunos de esos territorios tenían una larga historia de unidad política interna, como los reinos de Nápoles y Sicilia, o de alianzas entre vecinos, como los de León y Castilla. En otros casos, la unión dinástica era más reciente, como por ejemplo la de Castilla y Aragón, que habían sido gobernados conjuntamente desde que los Reyes Católicos contrajeran matrimonio en 1474 pero que con la llegada al trono de Carlos V lo serían por un solo monarca. Fernando unió en 1504 las coronas de Aragón y Nápoles. Los principados de los Países Bajos estuvieron sometidos al mismo gobierno, el del duque de Borgoña, desde 1384; algunos de ellos, como los de Artois y Güeldres, tuvieron un destino variable, y durante el reinado de Carlos se añadieron otras seis «provincias» de la región. Pero lo más importante era que en 1500 cabía esperar la unión de los territorios borgoñones de los Habsburgo con los de la Corona española —aunque tal unión no

se produjera hasta 1516 y 1519, cuando murieron sucesivamente los abuelos de Carlos, Fernando de Aragón y Maximiliano de Habsburgo. El Imperio de Carlos como conjunto era algo nuevo, y en la mayoría de sus partes componentes era más antigua la tradición de autonomía que la de unidad. Con la idea de construir un Estado imperial, trató de remodelar los antiguos principados en un Imperio regido por un poder más centralizado, pero la realidad es que le resultó muy difícil manejar de un modo unitario tan vastos territorios.

Esas tradiciones de autonomía se expresaban en un sistema jurídico escrito y no escrito, en unos derechos y costumbres que se fueron concediendo e imponiendo y que se fueron configurando a lo largo de siglos en la conciencia colectiva de las comunidades políticas. En su investidura, cada nuevo gobernante tenía que jurar que respetaría y mantendría las leyes y costumbres de su territorio. Y lo hacía en presencia de los representantes del pueblo, unos representantes que podían organizarse, bajo diversas formas, para exigir el mantenimiento de sus privilegios. Esas asambleas, llamadas parlamentos en Nápoles, Sicilia y Cerdeña, cortes en los reinos españoles, *Ständetage* en los territorios alemanes, estados o *états* en los Países Bajos, se reunían sólo cada tantos años, pero eran las instituciones establecidas mediante una tradición de siglos que expresaban la identidad política y jurídica de los pueblos.

Este fragmentado sistema de unidades políticas diversas reflejaba la tormentosa historia de su creación; daba forma institucional a numerosos acontecimientos y hechos estructurales que desembocaron en formaciones políticas, amplias en unos casos y minúsculas en otros. Obviamente, las condiciones geográficas desempeñaron un importante papel en este proceso; influyeron en el establecimiento de centros de poder espiritual y laico, de facilidades de comunicación y de interacción con otras entidades. Todo ello contribuyó a que se configuraran en el ámbito regional unas determinadas culturas, idiomas, tradiciones jurídicas y sensibilidades históricas. En el siglo xi, los conquistadores normandos habían llevado un aparato administrativo relativamente centralizado a los muy diversos sustratos culturales de Sicilia y Nápoles. No había en cambio unidad en los territorios alpinos de Austria, que nunca habían sufrido una invasión extranjera de ese tipo.

Por consiguiente, para Carlos era totalmente inconcebible perseguir la unidad administrativa en tan plurales territorios. La enorme diversidad de tradiciones políticas y jurídicas era un gran impedimento, las barreras lingüísticas eran demasiado altas, y los medios de comunicación de la época lo hacían imposible. En última instancia, la unidad del Imperio de Carlos V residía en su propia persona, la cual, en virtud de sus diversos títulos, era el soberano de los diferen-

tes territorios por separado. Por extensión, la dinastía Habsburgo puede verse como un factor crítico en la construcción de la unidad. Todos los monarcas medievales tuvieron políticas matrimoniales, y Fernando, el abuelo de Carlos, no fue una excepción. El Imperio Germánico, por el mero hecho de su gran extensión y de su situación en el centro de Europa, tenía numerosos vecinos. Las bodas reales eran un instrumento útil para estabilizar relaciones, dar carácter permanente a las relaciones buenas y limitar los conflictos. Las negociaciones sobre posibles matrimonios estaban siempre presentes cuando se planteaba una alianza o se consideraba la posibilidad de transferir un territorio. Y en ellas eran un elemento fijo las condiciones de la dote y la sucesión de un posible vástago de uno u otro sexo.

Las piezas que se movían en ese juego masculino eran sobre todo las mujeres. Catalina de Aragón, tía de Carlos, de quien se divorció Enrique VIII, corrió una suerte lamentable; durante años provocó grandes tensiones en las relaciones internacionales y en las relaciones entre la Iglesia y el Estado. También fue doloroso el destino de Isabel, la segunda hermana de Carlos; fue públicamente afrentada por el adulterio de su esposo, Cristián de Dinamarca, que era veintidós años mayor que ella. Cuando fue depuesto del trono en 1523, buscó en los Países Bajos la ayuda de su cuñado para su enfrentamiento con las provincias hanseáticas. Carlos le apoyó a pesar de que no beneficiaba a los intereses comerciales de los Países Bajos. Tras una década de matrimonio, Isabel murió a los veinticinco años; sus hijos se quedaron en Malinas, al cuidado de la regente Margarita, a cambio de la condonación de las deudas de Cristián. Hasta bien entrada la década de 1530, Cristián siguió siendo una espina clavada en la carne de los Habsburgo. Tanto desde el punto de vista personal como desde el dinástico, el asunto fue un fracaso. La hermana mayor de Carlos, Leonor, viuda de Manuel de Portugal desde 1521, estuvo asimismo en una situación delicada. En virtud del Tratado de Madrid de 1526, iba a contraer matrimonio con Francisco I, al que conoció durante las últimas semanas de su cautiverio en España. Pero Francisco se apartó de lo convenido en el tratado tan pronto como estuvo de nuevo a salvo en su reino, y se reanudó la guerra entre su hermano y su prometido. En la primavera de 1528, desesperada, Leonor se retiró a un convento. No obstante, llegó a casarse con Francisco I, el 7 de julio de 1530, pero no fue capaz de impedir que durante varios años más éste le hiciera la guerra a su hermano. Tuvo que soportar igualmente las poco disimuladas visitas del rey a algunas de sus antiguas amantes y los honores que les prodigaba en público. Era especialmente el caso de Anne d'Heilly, quien, como duquesa de Etampes, gozaría de mucha influencia en la corte hasta la muerte de Francisco². Una carta de mano de la propia reina a su

hermano, fechada el 1 de septiembre de 1544, es singularmente reveladora: le expresa su inmensa satisfacción por el hecho de que él y Francisco hubieran iniciado conversaciones de paz tras guerrear incesantemente, con enormes ejércitos, durante meses, y por la expansión de Enrique VIII por el norte. Confiaba en que ello fuera el comienzo de una paz segura y duradera¹. Esa intervención sentimental se producía en el momento más sensible. Tras el fallecimiento de Francisco, se reunió con su hermana María en Bruselas, y ambas morirían con Carlos en España, los tres en 1558.

Carlos utilizó asimismo a miembros de su dinastía para ejercer su autoridad, nombrándoles regentes temporales durante sus viajes al extranjero o gobernadores permanentes en regiones lejanas. Les pedía no sólo una lealtad absoluta a la dinastía, sino también la subordinación a él como jefe de la misma. Así lo estipuló cuando en 1521 nombró a su hermano Fernando gobernador del Imperio Germánico; durante treinta años mantuvo una leal relación con él. Cuando salió para España en 1517 designó de nuevo a su tía Margarita como regente de los Países Bajos, tal y como le recomendaba calurosamente su padre Maximiliano. Ya había desempeñado esa función durante la minoría de Carlos, desde 1507 hasta el 5 de enero de 1515, el día de la Epifanía, elegido por Maximiliano para proclamar la mayoría de edad de su nieto. Mujer experimentada, Margarita fue lo bastante sutil para mantener su libertad de acción al mismo tiempo que formalmente reconocía la plena autoridad de su sobrino. Mejor aún lo hizo su sucesora, María, pues al ser cinco años menor que su hermano Carlos no tenía problemas en reconocer su subordinación a él; en una relación de cariñosa intimidad, utilizó su mayor inteligencia para imponer sus opiniones. Isabel, la emperatriz, era lógicamente la regente de Carlos en España durante las largas ausencias de éste; después desempeñarían esas funciones su hijo Felipe, su hija María y el esposo de ésta, Maximiliano.

Para los regentes, la dificultad consistía en lograr un equilibrio entre las ambiciones y órdenes de Carlos, dictadas por su estrategia general, y las realidades de la región. A los súbditos no les importaba la solidaridad global entre los miembros de la dinastía, sino sólo la lealtad a quien gobernaba su territorio. El sentido de identidad apenas iba más allá del nivel local y regional.

Una exigencia común a todos los representantes de la población era que no querían ser gobernados por funcionarios extranjeros. Y extranjero era todo el que venía de fuera de las fronteras del territorio: un castellano en Valencia, por ejemplo, o uno del Hainault en Flandes. Esta idea estaba consagrada desde el siglo XIV en la constitución de Brabante, jurada por el duque en su «feliz entrada» que le daba su nombre. En Nápoles, el parlamento solía presionar para conseguir

un acuerdo de ese tipo, pero no pudo evitar que los virreyes fueran siempre extranjeros: Carlos de Lannoy, Filiberto de Chalon y, de 1532 a 1553, Pedro de Toledo. En los Países Bajos, a las regentes Margarita y María se las aceptó como naturales de la región. Fernando, que pasó su infancia en España, tuvo que hacer un esfuerzo para adaptarse a los Países Bajos en 1518 y al Imperio Germánico a partir de 1521. Lo logró, se quedó en el territorio, se identificó con él y poco a poco fue aceptado como «alemán». La población estaba dispuesta a admitir que su soberano, o su representante de más alto nivel, fuera extranjero, pero siempre que no llevara con él a funcionarios extranjeros. Carlos lo hizo en 1517: sus funcionarios coparon los cargos más importantes y lucrativos con tan pocos miramientos que el enojo que ello provocó entre los españoles fue una de las causas de la revuelta de las Comunidades. Durante años las cortes se opusieron a los extranjeros, procedentes siempre de los Países Bajos, aunque Carlos sorteó en cierto modo esas objeciones concediéndoles documentos oficiales de naturalización. Como rey en un país extranjero, es lógico que necesitara consejeros en los que pudiera confiar totalmente y que aseguraran la prioridad de sus intereses «generales» sobre los regionales.

Esa tensión entre la visión imperial y dinástica de Carlos y la de sus súbditos tiene un reflejo en la renuencia de las poblaciones a sufragar los gastos de unas guerras que desde su punto de vista tenían lugar en países extranjeros. En 1536, cuando estalló de nuevo en todos los frentes la guerra entre Francia y los Habsburgo, los representantes de Holanda en los Estados Generales de los Países Bajos declararon que no estaban dispuestos a contribuir a ganar Italia para el emperador ni Dinamarca para el conde palatino Federico (que estaba casado con una de las hijas de Cristián II e Isabel de Habsburgo). Los Estados de Flandes tenían su propia visión de las cosas: estimaban que los Países Bajos no eran lo bastante ricos para ayudar al emperador a conquistar Francia e Italia⁴. Podía haber así diferencias abismales entre los intereses dinásticos, tal como los entendía Carlos, y los intereses de los diversos territorios; esas tensiones son muy evidentes en la relación con Dinamarca, de origen estrictamente dinástico, que perjudicaron de manera considerable a los intereses comerciales de los Países Bajos. Aun así, las provincias flamencas autorizaron, si bien no sin protestas, la excepcional subida de impuestos que se les pedía. Análogamente, Nápoles y Sicilia soportaron buena parte de la carga financiera de las guerras en Lombardía y Piamonte, aunque la parte del león se la llevó la hacienda castellana. Los parlamentos y cortes protestaron sistemáticamente por las masivas salidas de capital para financiar guerras en otros lugares: en cada uno de esos casos, el gobierno se veía obligado a hacer concesiones que a su vez reforzaban la posición de los dirigentes locales.

En Nápoles, en 1536, se les concedieron 55 de sus reclamaciones (*capitoli*) como compensación por la mayor subida de impuestos jamás adoptada en ese reino⁵. Para conseguir sus objetivos dinásticos, el gobierno central tenía que ceder algo de su poder, lo que significaba que sus intentos de centralizar la administración se veían continuamente obstaculizados.

El Imperio estaba integrado por muchas regiones, extensas y en su mayoría prósperas, pero había fricciones constantes entre las ambiciones de Carlos y las de sus súbditos más destacados. Para que aceptaran ayudarlo a conseguir sus objetivos dinásticos, facilitándole cada vez más recursos militares y, sobre todo, financieros, Carlos tuvo que tolerar que su autoridad se debilitara en todas las regiones del Imperio en favor de las élites locales y regionales.

Esta paradoja se dejó sentir sobre todo en el Imperio Germánico. Cuando los siete electores le designaron emperador en Francfort, el 28 de junio de 1519, le estaban concediendo la más alta dignidad del poder secular de Occidente. El monarca germánico —que es al que realmente eligieron— era la única persona a la que el papa podía plantearse coronar como emperador de Roma. Además de los territorios alemanes y de Holstein y Prusia, que con Riga llegaba hasta el golfo de Finlandia, el Imperio incluía Bohemia, Moravia y Silesia, y con Krajina se alcanzaban las costas del Adriático; por el oeste, pertenecían a él el condado libre de Borgoña (Franco-Condado) y Saboya, a los que se sumaban Génova, Lombardía y Toscana en tierras italianas. También estaba integrada en el Imperio la mayor parte de los Países Bajos, con la excepción de Artois y Flandes al oeste del Escalda. Partiendo del norte de los Alpes, llevaba todo un mes atravesar el territorio imperial en sentido norte-sur o este-oeste.

En todas las zonas periféricas del Imperio había desde hacía siglos una tendencia independentista. Las repúblicas y territorios italianos ya habían guerreado, por su autonomía, con los emperadores de la casa de Hohenstaufen. Los duques, condes y señores de los Países Bajos no tenían demasiado en cuenta al emperador. Cuando éste trató de poner fin a la expansión borgoñona en la primera mitad del siglo, no pudo hacerlo. En Prusia, el territorio de la Orden Teutónica estaba desde 1466 bajo la soberanía del rey de Polonia, aunque sus grandes maestres, como Alberto de Brandemburgo-Ansbach, que ocupó el cargo en 1511, trataron de sacudirse ese yugo con la ayuda del emperador y el Imperio. Cuando en 1525 la Orden se secularizó y se convirtió en un ducado laico, se cortaron los lazos con el Imperio. La Confederación de Suiza había nacido a finales del siglo XIII, como un sistema de defensa frente al creciente poder de los Habsburgo en la región. La separación se agravó después por el hecho de que a partir de 1438 los Habsburgo eran reyes alemanes. Los intentos de Maximiliano de unir sus fuerzas

a las de la Liga de Suabia contra los suizos terminaron en una aplastante derrota en 1499. Aunque no se rompieron oficialmente los vínculos, la Confederación logró que se confirmaran sus libertades tradicionales, y se inmunizaron frente a nuevas injerencias del Imperio; a partir de 1531 no volvieron a aparecer en una dieta imperial (*Reichstag*). En el norte, al ducado de Holstein se le permitió establecer una alianza indisoluble con el Schleswig danés.

Habida cuenta de esta desintegración territorial, es fácil entender por qué Maximiliano, y Carlos y Fernando tras él, hicieron todo lo posible por conquistar y mantener Bohemia y Hungría, y por qué tuvieron tanto interés en que Francia no se hiciera con Saboya, Piamonte y Milán. En realidad, no era tanto una cuestión de intereses dinásticos cuanto de política estatal, diferencia que era cada vez más difícil de apreciar. La élite del Imperio Germánico solía utilizar la expresión «nación alemana», que estaba arraigada en la condición imperial (aunque en realidad sus raíces eran italianas) y en una cierta identidad lingüística. Durante el decenio de 1520, algunos comentaristas políticos hicieron hincapié en la difícil situación en que se hallaba la nación, como resultado bien de la supresión de la libertad religiosa, bien de la amenaza que suponían los turcos. Una y otra vez, la realidad política era que había enormes dificultades para conseguir cualquier forma de solidaridad extraterritorial, o incluso cualquier forma de cooperación⁶.

El rey germánico, o romano, era elegido, pero la dignidad imperial sólo se aseguraba cuando le coronaba el papa, en principio en Roma. Pese a lo mucho que lo intentó, Maximiliano nunca consiguió hacer ese viaje a Roma. En parte se debió a que su relación con el papa no ofrecía ninguna perspectiva de buenos resultados. Julio II, el beligerante pontífice a quien Erasmo expulsara de los cielos, no quiso poner en peligro su posición en Italia fortaleciendo la autoridad del soberano germánico. Finalmente, en 1508, Maximiliano se hizo proclamar en la catedral de Trento «Emperador Romano electo». Carlos recibió directamente ese título nada más ser coronado en Aquisgrán en 1520, pues los electores no querían dejar la dignidad imperial totalmente en manos de unos papas cuya autoridad ya no era universalmente reconocida.

Se le llamara o no emperador, el soberano germánico no gozaba de gran autoridad por el mero hecho de su cargo. Por el contrario, los electores procuraron poner tantas condiciones al designado que en la práctica se convirtieron en corregentes del Imperio. Las *Wahlkapitulationen*, las condiciones de la elección, ya se habían impreso y difundido antes de la coronación de Carlos, y eran un marco de referencia al que podía someterse al emperador⁷. En su calidad de máximo señor feudal del Imperio, podía exigir la fidelidad de sus vasallos y resolver las diferencias con arreglo al derecho feudal, instrumento de poder muy arcaico.

El emperador ejercía su autoridad sobre numerosas ciudades que dependían directamente del Imperio. El Imperio Germánico apenas conocía los comienzos de una administración central, que estaba aún en manos de uno de los electores, el arzobispo de Maguncia, que era tradicionalmente archicanciller. No había una fiscalidad regular, y tampoco un ejército permanente. En todo ese desarrollo institucional, el Imperio iba muy por detrás, por ejemplo, de Inglaterra, Francia, Castilla o los Países Bajos borgoñones.

Opciones estratégicas

Las posesiones de Carlos eran extensas y estaban alejadas entre sí, lo que planteaba problemas de protección de fronteras y de comunicación. Lo normal era que una carta que salía de Valladolid tardara tres semanas en llegar a una ciudad noroitaliana, cuatro semanas a Bruselas y seis a Viena. En 1504, en respuesta a la sucesión castellana, la familia Tassis había establecido un servicio de correo directo entre España y los Países Bajos: 106 postas de al menos dos caballos aseguraban un enlace rápido atravesando Francia. En 1516 Carlos llegó a un acuerdo con la empresa de los Tassis en virtud del cual se garantizaban unos determinados plazos de entrega de su correspondencia en España, Alemania e Italia. Dos años después, mediante otro acuerdo con Francisco I se concedía a sus correos la inmunidad diplomática y el paso sin obstáculos por el territorio francés en tiempos de paz⁸. Francia estaba rodeada por las posesiones de los Habsburgo, y tuvo que sentirse amenazada por la unión de tantos territorios vecinos bajo una sola persona que además tenía el derecho formal del Imperio a intervenir en la Italia septentrional y central. A la inversa, los territorios franceses eran para Carlos un estorbo constante que obstaculizaba las comunicaciones entre sus posesiones. Francia tenía la ventaja de que sus territorios eran compactos y contaba con unas instituciones administrativas relativamente centralizadas.

Carlos sufrió no poco los inconvenientes de la lentitud de las comunicaciones entre sus diversos territorios; tenía también que poder trasladarse con la mayor frecuencia posible a las zonas en que su presencia era más necesaria. Se ha estimado que entre 1517 y 1555 Carlos se pasó viajando un día de cada cuatro⁹. Casi en todas partes la ausencia del emperador se vivía como una pérdida, pues quería tomar personalmente todas las decisiones, y ello provocaba enormes retrasos. El problema se resolvía sólo en parte mediante la designación de regentes, virreyes y gobernadores, como confirma la laboriosa, abundante y pormenorizada correspondencia entre el emperador y sus representantes. Carlos sólo pasó tiem-

po en Nápoles y Sicilia en 1535-1536. En 1516-1517, España tuvo que presionar largamente para ver al nuevo rey, quien se ausentó de nuevo en mayo de 1520 para ser coronado en Aquisgrán; ello provocó resquemores, sobre todo en Valencia, ante cuyas cortes aún no había comparecido. A partir de julio de 1522 se quedó siete años seguidos en España, que era el núcleo esencial de sus posesiones, pero después volvieron las largas ausencias. Desde 1543 hasta su abdicación en 1556 no pondría pie en España. Hasta entonces había hecho solamente tres visitas al Imperio, cada una de varios meses. Le acosaban cada vez más los problemas de gobernar por control remoto y la pesada carga que para él y su casa suponían los viajes. No es una coincidencia que el único palacio que él había construido, en la Alhambra granadina, quedara inacabado y sin ocupar. Como Francia estaba encerrada entre las posesiones de los Habsburgo, y a Carlos le resultaba literalmente difícil evitarla, durante más de treinta años los dos soberanos más poderosos de Occidente se vieron envueltos en un fatal enfrentamiento. Esta realidad geopolítica tenía la dimensión añadida de que los dos adversarios contaban con recursos humanos, financieros y de capacidad militar a una escala sin precedentes. Ninguno de los dos podía ignorar al otro. Pertenecían a la misma generación y no sólo se conocían bien sino que además, en cierto sentido, se respetaban mutuamente. Francisco, cinco años y medio mayor, era físicamente superior y tenía más carisma que Carlos, de tez pálida y lento de movimientos, con la mandíbula inferior desproporcionadamente grande y la boca siempre abierta, y de dicción poco clara. Durante algunos períodos, sin duda hasta su rivalidad por conseguir el trono de Roma en 1519, y durante sus visitas conjuntas a los castillos de Loira y en París en 1539, cuando Francisco contrajo matrimonio con Leonor, la hermana mayor de Carlos, las relaciones entre ambos fueron muy cordiales. Desde el punto de vista geopolítico, Francia y las posesiones de los Habsburgo eran las dos superpotencias europeas, y como tales no podían ignorarse.

La época que le tocó vivir a Carlos se caracterizó por un crecimiento demográfico generalizado. Según una estimación prudente, hacia 1550 la población de la Europa occidental y central era de unos 70 millones, 8,5 millones más que en 1500, lo que supone un incremento del 14 por ciento. El crecimiento mayor se produjo en los Países Bajos, con un 23 por ciento; claramente por debajo de la media están Italia y España, con un 8,5 y un 9 por ciento respectivamente, mientras que Austria y Bohemia, con un 3 por ciento, aparecen muy rezagadas en la tendencia de crecimiento. En términos de población, el mayor país de Europa era Francia, con sus 19 millones de habitantes, seguida del Imperio Germánico e Italia con 14 y 11,4 millones respectivamente. Desde el punto de vista político estas

últimas cifras no eran tan importantes, pues ambas regiones estaban divididas en diversas unidades casi autónomas. En las Diecisiete Provincias de los Países Bajos vivirían unos 3 millones de personas, y 7,5 millones en España. Los censos del reino de Nápoles indican que su población casi se duplicó entre 1505 y 1561, año en el que casi llegaba a los 2 millones. Sicilia llegó al millón en 1570, y Milán y su ducado tenían 800.000 habitantes en 1542. En los reinos ibéricos, el sur de Italia y el Estado de Venecia la población creció de manera notable a lo largo del siglo XVI, mientras que el crecimiento fue escaso en la Italia septentrional y central, zonas continuamente asoladas por las guerras y las crisis económicas¹⁰. Si contáramos a todos los que podrían llamarse súbditos de Carlos, la cifra total ascendería a más de 28 millones, equivalente al 40 por ciento de la población de la Europa occidental y central. El otro gran rival de los Habsburgo, el sultán Solimán el Magnífico, contaba hacia 1530 con 13 millones de súbditos, cifra que se incrementó considerablemente en las décadas siguientes. Y Enrique VIII podía autodenominarse rey de 4 millones de personas entre ingleses, galeses e irlandeses¹¹.

El tamaño y la población de un país no nos dice mucho de su riqueza, y sin duda tampoco de la capacidad del Estado para apropiarse de una parte de esa riqueza. A lo largo de todo el siglo XVI, los ingresos procedentes de los impuestos crecieron a un ritmo mucho más rápido que el de la población y la inflación de precios, lo que es una prueba irrefutable de una mayor transferencia de riqueza a las haciendas públicas. Como la magnitud de los presupuestos nacionales venía dictada sobre todo por las actividades bélicas, la capacidad financiera de una región influía considerablemente en su posición militar. En medio siglo se duplicaron más o menos los ingresos fiscales medios de la mayoría de los estados de la Europa occidental, pero durante los años de guerra el gasto se incrementaba en dos y hasta tres veces el nivel normal. Si bien ese gasto luego descendía notablemente cuando se licenciaba a las tropas y se las dejaba de pagar, aún había que reembolsar, y a altos tipos de interés, los créditos que se habían contraído, de modo que la guerra seguía repercutiendo en los presupuestos durante muchos años. A pesar de todas esas fluctuaciones, y aunque no siempre disponemos de datos fiables, es interesante comparar la capacidad fiscal de los principales países a principios del siglo XVI. El equivalente utilizado es la tonelada de plata pura¹².

Individualmente, está claro que Francia era el país que disponía de más recursos, seguida de Castilla, Inglaterra y Venecia. Sin embargo, las uniones dinásticas hicieron que la balanza se inclinara del lado de los Habsburgo (podrían añadirse los ingresos procedentes de Aragón, Sicilia y, posiblemente, los territorios alemanes). Los modestos presupuestos de los principados alemanes contras-

GASTO DE LOS PRINCIPALES ESTADOS HACIA 1500, EN TONELADAS DE PLATA

Castilla	12-76	Francia	42-91
Países Bajos	27	Inglaterra	17-44
Nápoles	22	Venecia	37
Austria	6,6	Lombardía	22

tan radicalmente con estas cifras. Y lo mismo se puede decir de los territorios hereditarios de la dinastía, aunque contaban con la explotación de minas de plata y cobre; el condado de Württemberg, posesión temporal de los Habsburgo, tenía tres toneladas, el margravato de Hesse una, y dos la ciudad-estado de Nuremberg. En cambio, la Confederación de Suiza llegaba a las cinco toneladas, tanto como lo que podía recaudar el Imperio. La fiscalidad regular a este nivel no se había introducido sino poco antes de 1500.

Las cifras revelan con claridad las opciones estratégicas de que disponían los soberanos a comienzos del siglo. Si Francia hubiera conseguido hacerse con Nápoles y Lombardía y conservar como aliados a Génova, Piamonte y Saboya, podría haberse convertido en la potencia hegemónica de Europa, con una capacidad fiscal de unas 155 toneladas de plata. Frente a ellas, las posesiones de los Habsburgo no habrían pasado de 135 toneladas. Pero en esa hipótesis también habría desempeñado un papel importante el sistema de poder bipolar, en virtud del cual se podía desequilibrar la balanza mediante alianzas con terceros estratégicamente situados. Esos terceros eran Inglaterra y Venecia, las cuales, ante una hegemonía franco-italiana, y junto con el papa, sin duda habrían unido sus fuerzas a las de los Habsburgo, poniendo así en juego un total de nada menos que 226 toneladas.

Es verdad que en muchos sentidos los historiadores podemos valorar los recursos financieros de los monarcas mejor que ellos mismos. En la práctica, sus encargados del tesoro, las asambleas nacionales y las posibles revueltas eran lo que les permitía saber dónde estaban los límites de la capacidad fiscal de sus súbditos. Aunque no tuvieran acceso a cifras tan exactas como las que nosotros manejamos, sí tenían a pesar de todo una visión global de las posibilidades —o más bien de la falta de ellas— de hacerse con el control de las distintas regiones. Era público que el emperador Maximiliano tuvo problemas financieros durante toda su vida: en 1513, por ejemplo, simplemente carecía de los recursos necesarios para cumplir su promesa de realizar una campaña conjunta con Enrique VIII

contra Francia. En sus campañas anteriores, contra los suizos en 1499 o contra los venecianos en 1509, sufrió humillantes derrotas al no poder disponer de tropas bien pagadas. La prueba final es la que tiene lugar en el campo de batalla, y lo que sostiene las guerras es el dinero sin límites —como todo el mundo sabe desde Cicerón.

Los factores logísticos y tácticos desempeñan asimismo un papel importante en las operaciones militares. En 1494, Carlos VIII de Francia logró tomar Nápoles, pero no pudo conservarlo por lo larga que era la línea de abastecimiento desde la base. Estrictamente desde el punto de vista de la técnica militar, habría tenido muchas más posibilidades de éxito si se hubiera anexionado antes zonas contiguas, como por ejemplo el Franco-Condado, Saboya, Piamonte o Milán. Pero no tenía justificación alguna para lanzar un ataque contra ellas. En todas las acciones militares se respetaba en cierto modo la legitimidad de las pretensiones, por muy distorsionada y disputada que fuera. Milán sólo fue una opción real para su sucesor, Luis XII, sobre la base de las reclamaciones hereditarias de su esposa Visconti. Pero mientras tanto se había formado una coalición antifrancesa y se había fortalecido el gobierno aragonés en Nápoles, lo que hacía más difícil consolidar las posiciones ya obtenidas.

*Los problemas de Alemania*¹³

Tras su coronación como emperador en febrero de 1530, Carlos se volvió hacia el Imperio, donde presidió la Dieta de Augsburgo. El principal problema, del que apenas se había ocupado hasta entonces, era la actitud que debía adoptar hacia los protestantes. Había estado tan absorbido por su proceso de hispanización, por las guerras con Francia y por sus deseos de conseguir la hegemonía en Italia que no se había dado cuenta de que, desde que abandonara Alemania en 1521 condenando severamente a la persona, las obras e incluso las ideas de Martín Lutero y otros reformadores, el movimiento se había extendido con rapidez por ese territorio. No había sido informado de que, haciendo caso omiso de su prohibición, se habían puesto en circulación millones de folletos y libros, ni estaba tampoco al tanto del contenido de las controversias teológicas. No había intervenido personalmente en la represión del gran levantamiento de los campesinos alemanes en 1524-1525, en el que las ideas reformadoras habían alimentado un sentimiento anticlerical. Tampoco había participado en el debate que se había venido desarrollando en la Dieta desde 1521, basado en argumentos recogidos durante muchos años atrás, sobre las quejas de «la nación alemana contra el papa y la

curia de Roma», así como sobre las de las órdenes seculares contra el clero regular. Todos esos sentimientos de agravio reaparecieron una y otra vez en las Dietas de la década de 1520, y fueron nuevamente la base de las discusiones institucionales de la de 1530. Carlos desconocía la penetración que habían conseguido las nuevas ideas en amplios sectores de la población de Alemania, de los cantones suizos y de los Países Bajos, e ignoraba que su condena de la Dieta de Worms (1521) no había tenido prácticamente efecto alguno. Sólo durante el viaje que le llevó de Bolonia a Alemania el arzobispo de Trento, Bernhard Cles, le introdujo en las realidades del Imperio.

El contraste entre las ceremonias de coronación y la realidad de la lucha por el poder que tuvo lugar en el Imperio meses después difícilmente podría haber sido mayor. Fue una clara demostración de la gran diversidad de los problemas que se le planteaban a Carlos en sus diferentes dominios, y de la dificultad de la información, especialmente entre el Imperio y España. Carlos casi no tenía consejeros alemanes en su corte, y muy pocos secretarios; sus predecesores en el trono romano e imperial no habían desarrollado una administración importante, y tras su partida en 1521 se había disuelto la mayor parte de lo que quedaba de la época de Maximiliano. Esta falta de institucionalización del Imperio era causa de todo tipo de problemas, aun al nivel más práctico. Tradicionalmente, los Reyes de Romanos y emperadores habían vivido de sus ingresos patrimoniales, pero Carlos le había dejado a Fernando los territorios de los Habsburgo, y eso hacía que dependiera por completo de su hermano, de sus otros señoríos e incluso de los Fugger, que tenían la amabilidad de invitarle a que se alojara en su residencia de Augsburgo.

En los reinos españoles, la Inquisición se ocupaba con autoridad de los disidentes religiosos, mientras que en los Países Bajos el gobierno central tenía por entonces el poder suficiente para imponer las rigurosas prohibiciones proclamadas en la Dieta de Worms. En las zonas alemanas del Imperio, en cambio, los príncipes territoriales y las autoridades locales gozaban de la independencia necesaria para proteger a los reformadores. Ello obligó al emperador a entablar negociaciones con todas las partes, incluidos los protestantes, para llegar a un acuerdo en materia religiosa que necesitaba imperiosamente, pues debía contar con su ayuda para defender el Imperio de los ataques otomanos. Además, la elección de Fernando como Rey de Romanos dependería también de los electores. Tuvo que tolerar la lectura, en nombre del elector de Sajonia, de la Confesión de Augsburgo, que concedía a los protestantes una especie de legitimidad que ya no podría negarles en el futuro. Carlos mostró su cara más pragmática al autorizar que en el seno de una comisión de la Dieta protestantes y católicos celebraran conversa-

ciones para buscar soluciones jurídicas a la debatida cuestión de la jurisdicción eclesiástica. Los príncipes católicos se oponían a cualquier fórmula intermedia, y los protestantes querían en realidad que se admitieran otros de sus principios dogmáticos. Al clausurarse la Dieta en noviembre no se había llegado a acuerdo alguno, y el emperador reiteró las severas prohibiciones de Worms contra los protestantes.

No obstante, Carlos impulsó en secreto nuevas negociaciones entre los dos bandos religiosos a cambio de la promesa de ayuda para la defensa del Imperio frente a los turcos. Se suspendieron así oficiosamente las acciones legales contra la toma de iglesias y monasterios por parte de los protestantes, y se declaró la paz. En 1532, con miras a la celebración de un concilio general, se acordó el aplazamiento de las medidas contra los protestantes mientras contribuyeran a la defensa del Imperio frente a la amenaza otomana. Pese a que Carlos le insistió mucho a Clemente VII sobre la necesidad de convocar el concilio, esta parte de su estrategia quedó en suspenso hasta 1545. La evidente renuencia de Roma a ayudar a resolver lo que para los cardenales no eran más que problemas del emperador, y a arriesgarse a recibir desabridas críticas a su actitud, resultó desastrosa para la política pactista de Carlos. Aunque en 1532 dejó Alemania convencido de haber resuelto provisionalmente la cuestión con la perspectiva de celebrar un concilio en un futuro próximo, los protestantes consideraron su garantizada posición como un paso más hacia su reconocimiento formal. Al retrasar la convocatoria del concilio, el Papado favorecía la consolidación del protestantismo alemán y socavaba las posibilidades que tenía Carlos de hacerles frente de una manera pacífica. En 1539 se confirmó y amplió el Acta de Aplazamiento de 1532. El tiempo obraba en contra del catolicismo.

Pese a todo, Carlos se mantuvo firme en su convencimiento de que con el nuevo pontífice, Paulo III, se hallaría la solución, y esperanzado ante las negociaciones de los dos bandos en Alemania. En la Dieta de 1541, celebrada en Ratisbona, convocó un «Coloquio» entre tres teólogos protestantes y tres católicos. Las conversaciones celebradas el año anterior ya habían producido un acuerdo sobre un texto relativo a determinados asuntos dogmáticos, entre ellos la doctrina de la justificación. En realidad, el emperador no intervenía personalmente en las cuestiones de fondo, pero albergaba firmes esperanzas de que se llegara a un acuerdo. Incluso estaba dispuesto a aceptar varios principios protestantes, aunque siempre con la salvedad de que un concilio general de la Iglesia Católica resolviera en última instancia sobre los aspectos dogmáticos y también sobre los litúrgicos. Meses de negociación a todos los niveles desembocaron en una solución de avenencia que sin embargo fue rápidamente rechazada tanto por el bando

protestante de la Dieta como por el católico reunidos por separado. Al cabo el emperador reiteró las condenas formales de 1521 y 1530, aunque al mismo tiempo confirmó el aplazamiento y la tolerancia de la secularización de las propiedades eclesiásticas a condición de que se dedicaran a escuelas e instituciones de caridad.

En la práctica, los protestantes se salieron con la suya y con los años lograron una expansión considerable. Las reservas del emperador sólo se las tomaba en serio él mismo, pues seguía sin convocarse el concilio. No se daba cuenta de que la persistencia de la tolerancia en la práctica ponía en ridículo sus prohibiciones formales. Ni de que más de veinticinco años de difusión e institucionalización de las ideas protestantes hacían imposible toda vuelta al *status quo ante*. Seguía pensando en que la solución vendría del concilio, pero no era capaz de prever que los padres conciliares, una vez que finalmente se reunieron a partir de diciembre de 1545, sólo contribuirían a polarizar la situación al condenar de manera inmediata los principios dogmáticos que más acariciaban los protestantes.

El emperador se metió más que nunca en los problemas alemanes. En 1543 dejó por tanto España, a la que ya no regresaría como soberano. El antagonismo alemán fue aprovechado por franceses y turcos, que trataron de coordinar sus ataques y apoyar a los protestantes. La Paz de Crépy, en septiembre de 1544, puso fin a una campaña a gran escala únicamente obligando a Francisco I a renunciar a sus alianzas con los otomanos y los protestantes alemanes y a respaldar la convocatoria del concilio, lo cual demuestra claramente que en efecto Carlos quería cumplir estrictamente su misión de proteger a la Cristiandad y la unidad de la Iglesia Católica, y que a ese objetivo subordinaba todos los demás. Es bien sabido que un armisticio con Solimán —para el que hubo de pagarse una especie de tributo— le permitió preparar la acción militar contra los príncipes protestantes más destacados, el elector Juan Federico de Sajonia y el landgrave Felipe de Hesse. La victoria que alcanzó en Muhlberg en 1547 no fue al cabo más que un éxito muy provisional, pues sólo tres años después una nueva coalición protestante, que contaba nuevamente con el apoyo del monarca francés, Enrique II, le expulsó literalmente del santuario habsbúrgico de Innsbruck.

Los últimos cinco años del reinado de Carlos fueron absolutamente desastrosos para él, para sus súbditos, víctimas de una presión fiscal sin precedentes, y para sus acreedores, obligados a concederle cada vez más fondos con cada vez menos esperanzas de recuperarlos. Los problemas alemanes, y la incapacidad de Carlos para resolverlos, fueron la clave del fracaso general. En las Instrucciones que emitió para Felipe en 1548, llamadas a veces su «testamento político», había instado a su hijo a que preservara la unidad de la dinastía y de la Iglesia, y

a que protegiera a la Cristiandad y conservara sus dominios. A partir del invierno de 1550, Carlos se enfrentó al fracaso en todos esos frentes. Las conversaciones con su hermano Fernando le hicieron ver con claridad que éste era reacio a que su hijo estuviera por detrás de Felipe en la sucesión al título imperial. Durante el viaje que Felipe hizo por los territorios imperiales fue evidente para todos menos para Carlos que los electores no aceptarían nunca, como soberano de lo que en la práctica se había convertido en un Imperio pluralista, a aquel príncipe puramente español y radicalmente católico. La limitada percepción que tenía Carlos de la realidad alemana provocó un grave enfrentamiento con Fernando, que le había servido lealmente durante treinta años. La consecuencia inevitable era la división de la dinastía, algo que Carlos fue incapaz de prever. Y aún más le costaba vivir con el resultado del persistente antagonismo religioso; en la Dieta de 1555, Fernando negoció una paz religiosa que él se negó a aceptar, y fue en ese mismo momento cuando decidió abdicar.

Fue en el Imperio, y contra una Francia aliada con los protestantes, donde Carlos libró y perdió sus últimas batallas, las más costosas de su vida. En ellas tuvo su origen la famosa quiebra del Estado de 1557. Fue en Alemania donde fracasó en los principales objetivos de su reinado: la preservación de la unidad de la dinastía, la defensa de la Iglesia Católica y del patrimonio territorial (la dinastía perdió Wurttemberg, y en 1552 Francia se apoderó de tres obispados en Lorena), y la consolidación del gobierno central. En comparación con sus conquistas territoriales en Italia y en los Países Bajos, la experiencia alemana le costó a Carlos mucho más tiempo y esfuerzo, y para nada, al menos en su opinión. Fernando sería un emperador mucho más alejado de Roma. Sigue produciéndonos estupefacción la lealtad de Carlos a unos papas que obviamente le trataron más como rival político que como hijo devoto y primer protector de la Iglesia. Fernando tendría una visión más ajustada de la situación en Alemania, y sería más pragmático y por tanto mejor gobernante. Los errores de Carlos tendrían funestas consecuencias no sólo sobre su misión y su personalidad, sino también sobre muchísimos de sus empobrecidos súbditos.

¹ K. Brandi, *Kaiser Karel V*, Amsterdam, 1942, pág. 119; M. Fernández Álvarez, *Corpus documental*, I, pág. 103.

² R.J. Knecht, *Renaissance warrior and patron: the reign of Francis I*, Cambridge, 1994.

³ Brandi, *op. cit.* (nota 1), pág. 446.

⁴ H.G. Koenigsberger, *States and revolutions*, Ithaca y Londres, 1971, pág. 138; W.P. Blockmans y J. van Herwaarden, «De Nederlanden van 1493 tot 1555», *Algemene Geschiedenis der Nederlanden*, 5 (1980), pág. 469.

⁵ G. d'Agostino, *Parlamento e Società nel Regno di Napoli, secoli xv-xvii*, Nápoles, 1979, págs. 246-248 y 259.

⁶ G. Volgier, «Reichsvorstellungen im Umkreis des Bauernkrieges», en V. Press y D. Stieverman (eds.), *Alternativen zur Reichsverfassung in der frühen Neuzeit?*, Munich, 1995, págs. 23-41; H. Schilling, *Aufbruch und Krise. Deutsche Geschichte von 1517 bis 1648*, Berlín, 1988.

⁷ G. Kleinheyer, *Die kaiserlichen Wahlkapitulationen. Geschichte, Wesen und Funktion*, Karlsruhe, 1968, págs. 45-50, 101-103 y 127-128; *Deutsche Reichstagsakten, Jüngere Reihe*, I, Gotinga, 1962, pág. 821.

⁸ G. Parker, *The Grand Strategy of Philip II*, New Haven y Londres, 1998, pág. 48 (ed.

esp.: *La gran estrategia de Felipe II*, Madrid, 1998).

⁹ H. Lapeyre, *Charles Quint*, París, 1971, pág. 13.

¹⁰ F. Braudel, *The Mediterranean World in the Age of Philip II*, I, Londres, 1975, pág. 408 (ed. esp.: *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, Ciudad de México, 1976).

¹¹ J. de Vries, *European Urbanization, 1500-1800*, Cambridge, 1984, pág. 30; Braudel, *op. cit.* (nota 10), I, 408 (ed. esp.: *La urbanización de Europa, 1500-1800*, Barcelona, 1987).

¹² M. Körner, «Expenditure», en R. Bonney (comp.), *Economic Systems and State Finance*, Oxford, 1995, págs. 399-400; W. Schultze, «The Emergence and Consolidation of the "Tax State". The Sixteenth Century», *ibidem*, págs. 269-270.

¹³ H. Rabe, «Karl V. und die deutschen Protestanten. Wege, Ziele und Grenzen der kaiserlichen Religionspolitik», en H. Rabe (comp.), *Karl V. Politik und politisches System*, Constanza, 1996, págs. 321 y sigs.; H. Lutz y A. Kohler (comps.), *Aus der Arbeit an den Reichstagen unter Kaiser Karl V.*, Gotinga, 1986; A. Kohler, *Karl V. Eine Biographie*, Munich, 1999, págs. 198-223 y 261-272 (ed. esp.: *Carlos V, 1500-1558. Una biografía*, Madrid, 2000).



Los niños guerreros, de Lucas van Leyden, 1527.